

Razones para la poesía

Rafael Santos Barba*

«**E**STOY seguro de que la Poesía es necesaria; pero quisiera que alguien me dijera para qué». Dejando a un lado lo que esta frase de Jean Cocteau (1) tiene de mera ocurrencia brillante, podríamos afirmar que ese convencimiento ya supone mucho. La mayor parte de la sociedad ve la poesía como algo lejano, ausente de su vida y de la vida común. Muy pocos la sienten como necesaria o se preguntan por su razón de ser y su posible sentido en el momento actual. Ante esto, habría que plantearse cómo es posible que la poesía, que ha sido compañera de la andadura humana desde tiempos remotos, haya quedado arrinconada —como otras manifestaciones de la sensibilidad, la creatividad y la expresividad— hasta los extremos actuales. Pero también podemos formular la cuestión al revés: ¿por qué la capacidad poética del hombre perdura a través de la historia, sobrevolando incluso tiempos tan hostiles a ella como los que estamos viviendo? Quizá esto sea mucho más importante.

Lo que ahora nos proponemos es, simplemente, hacer explícitas algunas razones para la poesía. No se trata de buscar excusas forzadas que inventen

* Poeta. Licenciado en Filología Hispánica. Madrid.

(1) Citado por Gabriel Celaya: *Inquisición de la poesía*. Madrid. Taurus, 1972, p. 26.

un sentido para algo que no lo tiene. Como indica Pedro Salinas, «la poesía existe o no existe; eso es todo. Si es, es con tal evidencia, con tan imperial y desafectada seguridad, que se me pone por encima de toda posible defensa, innecesaria. [...] Por eso considero la poesía como algo esencialmente indefendible. Y, claro es, en justa correlación, esencialmente inatacable» (2). Con las razones que siguen sólo queremos llamar la atención sobre lo que podría suponer el que nos atreviéramos a enriquecer cada una de nuestras vidas particulares —y, así, nuestra sociedad— con la fuerza y la riqueza, a la vez íntimas y universales, de la poesía (3).

Ojalá estas razones sirvan para que alguien pierda el miedo o la indiferencia ante la poesía; más aún, para que alguien la valore y respete como un bien de todos; más aún, para que alguien llegue a amar su compañía como si fuera la de una buena amistad.

Expresión y reunión

ANTES que unas líneas escritas, la poesía fue y es una voz nacida de lo profundo del ser. Afanados en seguir el estilo de vida que nuestra sociedad nos pone como modelo, muchas veces no tenemos tiempo ni ganas ni delicadeza para escucharnos unos a otros. Quizá por eso cada vez nos atrevemos menos a exteriorizar lo que llevamos dentro, como si temiéramos vernos hablando solos, pronunciando palabras que sentimos decisivas en medio de una turbamulta ajena a nosotros. Y a fuerza de creer que no merece la pena expresar lo que sentimos, casi hemos llegado a creer que no sentimos nada.

Frente a esto, la poesía nació y nace siempre como expresión de todo lo hondo: el dolor, la alegría, la tristeza, la esperanza, la incertidumbre, la fe... Reivindicar la poesía es hoy, de algún modo, defender una libertad de expresión que quizá no esté amenazada sino por unos invisibles tapones para los oídos. Es proclamar que las sensaciones, sentimientos, experiencias, anhelos, conocimientos y desconocimientos humanos tienen un valor para cada uno y para todos.

Puede decirse, por tanto, que necesitamos la poesía porque necesitamos expresarnos; es decir, porque necesitamos decir a los demás lo que somos, lo

(2) Pedro Salinas: «Poética», en Gerardo Diego. *Poesía española contemporánea*. Madrid, Taurus, 1991, p. 379.

(3) En este artículo utilizaremos la palabra *poesía* en un sentido amplio, habida cuenta de las innumerables y dispares definiciones que de ella se han dado. Nos parece preferible solicitar una comprensión casi intuitiva del término antes que encerrar su significado en unos límites que, además de ser discutibles, puedan hacer a muchos sentirse —una vez más— en terreno ajeno.

que sentimos, lo que pensamos. Y es ésta otra de las grandes razones de ser de la poesía: su condición de ámbito del sentimiento y del pensamiento (4). En la medida en que concedamos valor al uno y al otro, se lo daremos también a la poesía, que es uno de los medios privilegiados de que disponemos para expresarlos. Es mucho lo que está en juego: enfrentarnos a la pregunta de si nos importan hoy el sentimiento y el pensamiento viene a ser tanto como plantearnos si nos importa el ser humano. Y bastante grave es el hecho de que la respuesta no sea evidente.

Sin embargo, incluso en esta misma zona de sombra, la poesía cobra un pleno sentido, porque ella es —quizá ante todo— una educación para la sensibilidad. En el siglo XX hemos aprendido a acostumbrarnos a las mayores atrocidades; pues bien: la poesía nos desacostumbra, nos empuja a salir de la impasibilidad en que frecuentemente vivimos, nos hace conscientes, nos hace sensibles. Como dice Yevgueni Yevtushenko, «la poesía es la educación de la delicadeza en la percepción del mundo. [...] La poesía es delicadeza en la comprensión de la vida» (5). Frente a la indiferencia o la mera resignación, la poesía nos invita a reaccionar ante la vida con nuestra alegría y con nuestro dolor. «En tiempos primitivos, “la poesía —lo escribió Octavio Paz— servía para llorar y celebrar el mundo”. Hoy continúa sirviendo para llorar y celebrar el mundo», concluye Félix Grande (6).

Casi todos asociamos la poesía con el mundo de los sentimientos, y, más en concreto, con las diversas emociones que pueden vincularse al amor. En cambio, muchas personas no sospechan que la poesía pueda ser también un medio para intentar saber más de nosotros mismos y de la vida que nos acoge. Sin embargo, así es, y así lo sentía Manuel Altolaguirre: «La poesía, ya sea exterior o profunda, es mi principal fuente de conocimiento. Me enseña el mundo y en ella aprendo a conocerme a mí mismo» (7). Federico García Lorca nos lleva un paso más atrás: «Todas las cosas tienen su misterio, y la poesía es el misterio que tienen todas las cosas» (8). Escribir y leer poesía es indagar en el misterio. Y ésta es otra buena razón para acercarse a

(4) De uno y otro, y también de ambos al tiempo: «Piensa el sentimiento, siente el pensamiento», recomienda Miguel de Unamuno en el primer verso del «Credo poético» que recoge en su libro *Poetas* (1907); Miguel de Unamuno: *Antología poética*. Madrid, Espasa-Calpe, 1992, p. 57.

(5) Yevgueni Yevtushenko: «Elogio de la poesía». *El País* («Babelia»), 12 de septiembre de 1992, p. 16.

(6) Félix Grande: «Prólogo» a *Biografía. Poesía completa* (1958-1984). Barcelona, Anthropos, 1989, 2.^a ed., p. 7.

(7) Manuel Altolaguirre: «Confesión estética». *Papeles de Son Armadans*, XLI (agosto 1959), p. 154.

(8) Citado por Elena de Jongh Rossel (ed.): *Florilegium. Poesía última española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 10.

la poesía: querer encontrar, buscar.

«Escribir y leer poesía», hemos dicho. Porque esa expresión del sentimiento y del pensamiento, ese ahondar en el misterio, no son sólo de quien, al estremecerse, escribe, sino también de quien, al leer, se estremece. Otra vez en palabras de Altolaguirre, «la poesía salva no solamente al que la expresa, sino a todos cuantos la leen y recrean» (9). Cabe recordar aquí ese momento de la película *El cartero (y Pablo Neruda)* en que el primero dice al segundo: «La poesía no es de quien la escribe, sino de quien la necesita» (10). Es de los dos. La poesía es un punto de encuentro: del poeta, consigo mismo y con sus lectores; de los lectores, con el poeta y con ellos mismos.

Vicente Aleixandre expresó todo esto con las palabras indispensables: «Poesía es comunicación» (11). Y en la comunicación nacen y se desarrollan la tolerancia y la solidaridad, de las que tanto necesitamos. Basta con echar una mirada a nuestro mundo para comprender cuántas cosas podrían cambiar si aprendiéramos a hablarnos y a escucharnos. La poesía nos ofrece un casi inagotable repertorio de ejercicios de diálogo para que vayamos practicando.

En definitiva, evocando a Blas de Otero, puede decirse que la poesía es expresión y reunión (12). Y no faltan, sino que sobran, razones poderosas para que nos hagamos un bien expresándonos y reuniéndonos en todos los ámbitos de entendimiento posibles; y, entre ellos, en ése tan acogedor y poderoso en su aparente insignificancia que es el de la poesía.

Intermedio: sinrazones sobre la poesía

APENAS hemos nacido, la poesía nos acoge ya en forma de canción de cuna. De niños, en forma de adivinanzas y canciones para acompañar los juegos. De jóvenes y adultos, en forma de poemas, quizá sólo uno o dos, que han sido importantes (o incluso decisivos) en

(9) Manuel Altolaguirre: art. cit., p. 154.

(10) La película, de Michael Radford, está basada en la novela de Antonio Skármeta *Ardiente paciencia*, aparecida con el título *El cartero de Neruda. (Ardiente paciencia)* en su última edición española (Barcelona, Plaza & Janés, 1996, 6.ª ed.).

(11) Citado por José Luis Cano: «Prólogo» a Vicente Aleixandre, *Historia del corazón*. Madrid, Espasa-Calpe, 1985, 2.ª ed., p. 11.

(12) *Expresión y reunión. A modo de antología (1941-1969)* es el título de una de las selecciones de versos propios realizadas por Otero.

algún momento de nuestra vida. De viejos, en forma de romances que, escuchamos en la niñez, reviven en la memoria ante la presencia de los nietos. Vivimos sumergidos en la poesía, muchas veces sin saberlo. Y aquí hay algo que llama la atención: prácticamente todos amamos la poesía mientras nos pasa inadvertido el hecho de estar bajo su abrigo entrañable; en cambio, una gran mayoría de personas siente rechazo ante la idea de acercarse a ella conscientemente. ¿A qué se debe esto?

Detrás de tal rechazo suele haber, más que motivos, prejuicios. Prejuicios que se nos han ido inculcando, a veces, desde la enseñanza y que urgentemente deberíamos desterrar, para no desperdiciar por más tiempo los beneficios de la poesía. Por eso, dejamos momentáneamente las razones para atender a las sinrazones. Veamos algunas.

En primer lugar, la idea de que la poesía es algo reservado a una minoría de exquisitos (13). Muchos hombres y mujeres que rehúyen leer poesía tienen, sin embargo, algún poema preferido, que les conmueve en lo más hondo: tal vez de Bécquer, Antonio Machado, Miguel Hernández o Pablo Neruda; tal vez conocido en la voz de Paco Ibáñez, Joan Manuel Serrat o Amancio Prada. La grandeza de esos autores (repito: de los que suelen gustar a aquellos a quienes *no les gusta* la poesía) demuestra que la capacidad de apreciar no sólo la poesía, sino la mejor poesía, no es algo excepcional. Y esto debería hacernos pensar.

En segundo lugar, la arraigada creencia de que tanto escribir como leer poesía son cosas de lunáticos con ganas de perder el tiempo. Viviendo, como vivimos, en una sociedad en buena parte insensible y carente de matices, no es de extrañar que provoque un cierto rechazo el ofrecimiento gratuito (14) de delicadeza que es la poesía. Pero perdamos el miedo: esa enérgica delicadeza no nos aparta del mundo, sino que nos ayuda a vivir en él como seres humanos en vez de como autómatas; no es para llevarnos a un infantilismo idílico, ingenuo, sino para hacernos capaces de percibir la realidad más profunda tras la capa de superficialidad en que habitualmente nos movemos. Suele decirse: «ojos que no ven, corazón que no siente». La poesía nos con-

(13) Por este camino se ha llegado al absurdo actual de que el número de lectores de poesía sea apenas superior al de poetas. (Hay que señalar que precisamente los poetas hemos dado alas a este despropósito al escribir muchas veces no para ser leídos —así, a secas—, sino para ser leídos por nosotros mismos, por otros poetas o por la crítica —lo que no es lo mismo—). Sin embargo, ¿no disfrutamos todos leyendo una buena novela aunque no seamos novelistas? Naturalmente, se puede leer poesía y disfrutar de ella sin ser poeta.

(14) Gabriel Celaya hace notar «lo que la poesía tiene de entrega, de generosidad, de regalo sin precio»; o. cit., p. 113.

duce en sentido contrario: «corazón que siente, ojos que ven». Y, si somos consecuentes, el siguiente paso será: «y manos que hacen».

En tercer lugar (y aquí tendremos que extendernos un poco), eso que suele inculcarse en las escuelas: que al leer un poema, el objetivo primordial debe ser *entenderlo*. Este sistema hace que, muchas veces, el primer acercamiento a un poema se convierta no en una libre y gratificante acogida de aquello que somos capaces de percibir, sino en un penoso ejercicio de interpretación impuesta. Muchas personas, ante la imposibilidad de cubrir ese supuesto objetivo básico, sienten que de nada sirve su natural predisposición para la poesía y acaban por decir: «No leo poesía porque no la entiendo».

Todo esto parte de un error de principio: suponer que los poemas quieren decir algo que puede expresarse con otras palabras. No es cierto. Como indica Octavio Paz, «el poema está hecho de palabras necesarias e insustituibles» (15), y esto es así porque sólo ellas, y no otras, pueden hacer que el poema diga justo lo que dice. Pensemos por un momento en una puesta de sol maravillosa. ¿Qué quiere decir un atardecer? Todo lo que un atardecer es ¿puede traducirse a algo que no sea ese atardecer mismo? En sentido estricto, un atardecer no *quiere decir* nada; sin embargo, ese derroche de belleza *dice* (y *nos dice* a cada uno) muchas cosas. Lo mismo ocurre con los mejores poemas. Por eso concluye Octavio Paz: «El poeta no quiere decir: *dice*. [...] El sentido del poema es el poema mismo. Las imágenes son irreductibles a cualquier explicación e interpretación» (16).

Lo primero es leer el poema, saborearlo, dejarnos empapar por él, descubrir si está en sintonía con nosotros mismos. Luego, si hace falta, usar el diccionario o recabar los datos literarios, históricos, socioculturales, etc. que puedan iluminar lo que en aquél nos resulte oscuro. Pero atención: si se hace esto, es precisamente para poder gustar aún más de la poesía que está encerrada —y libre— en el poema; ése es el verdadero objetivo (17). Quien no se

(15) Octavio Paz: *El arco y la lira*. México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 1986, 3.^a ed. (6.^a reimpresión), p. 45.

(16) Octavio Paz: *o. cit.*, p. 110.

(17) «Porque el fin de la creación literaria no es provocar la exégesis, sino iluminar el corazón de los hombres, de todos los hombres en lo que tienen de meramente humanos, y no en lo que tienen de especialistas de esta o la otra disciplina»; Alfonso Reyes: *La experiencia literaria*. Barcelona, Bruguera, 1986, p. 118. «La poesía se explica sola; si no, no se explica. Todo comentario a una poesía se refiere al elemento circundante de ella, estilo, lenguaje, sentimientos, aspiración, pero no a la poesía misma. La poesía es una aventura hacia lo absoluto»; Pedro Salinas: «Poética», en Gerardo Diego, *o. cit.*, p. 379. La crítica literaria tiene, por supuesto, su razón de ser, pero no ocupando el lugar del puro goce de la lectura, sino ayudando a que éste sea mayor.

sienta capaz de llegar a ahondar tanto, no tiene por eso que dejar de disfrutar de la música de las palabras, de la belleza de un verso, de la profundidad de un pensamiento o de la emoción que el poema despierte en su interior.

La poesía nos permite ir más allá de lo que nos dejan nuestras vías de comunicación cotidianas. Como explica Alfonso Reyes, «el poeta puede ser que precisamente trate de expresar emociones vagas, confusas, indecisas, estados de ánimo en que nuestra voluntad parece borrarse y nuestra inteligencia parece detenerse atónita. [...] la poesía expresa lo que no tiene nombre hecho [...]» (18). De esta manera, un poema dice mucho más de lo que dicen sus palabras, y es justo eso lo que a veces necesitamos expresar o escuchar. José Hierro confiesa: «Sigo sin saber qué es la poesía. Sólo sé que sirve para decir todo lo que no se puede decir; para, mediante extrañas combinaciones de palabras, transmitir calor de humanidad» (19).

Una última advertencia. La poesía no es un mundo compacto y uniforme que tengamos que aceptar o rechazar en bloque. La poesía son muchas manifestaciones poéticas distintas (20). Puede que una de ellas no nos guste, y que otra, en cambio, nos entusiasme. La poesía es una riqueza de la raza humana. No despreciemos un tesoro por reparar sólo en que algunas monedas nos resultan desconocidas.

Saber mirar, saber amar, saber ser

LA poesía no tiene los pies en el suelo, pero porque lo sobrevuela para contemplarlo mejor; no nos saca de la realidad, sino que nos da nuevos criterios para interpretarla (21). Mirando a ras de tierra, podemos obtener una imagen confusa del mundo en que vivimos, y más teniendo en cuenta la presión a la que se nos somete para que veamos todo a través de los ojos de los intereses vigentes. De una manera más o

(18) Alfonso Reyes: *o. cit.*, pp. 365-366.

(19) Declaraciones recogidas por Fernando Neira: «José Hierro entrega en "su" instituto los premios a las promesas de la zona sur», *El País* («Madrid»), 1 de mayo de 1996, p. 10.

(20) Manifestaciones poéticas que se encuentran en evolución a lo largo de la historia (véase Begoña Díez Huélamo y Gaspar Garrote Bernal: *Obras clave de la lírica española en lengua castellana*. Madrid, Ciclo, 1990) y se respaldan o pugnan entre sí en cada época concreta.

(21) No hay contradicción entre estas afirmaciones y el hecho de que la lectura de poesía pueda ser también evasión: esa evasión nos permite encontrarnos con nosotros mismos y con la serenidad que nos hará ocupar un lugar propio en este mundo, donde vivimos en compañía de millones de hombres y mujeres que no nos pueden ser ajenos.

menos sutil, se nos hace creer que no hay nada que pensar ni que inventar, que las cosas son como son y no tienen vuelta de hoja, que no queda más remedio que tolerar la injusticia y prescindir de la creatividad. Contra esta nueva especie de determinismo, la poesía nos sacude por las solapas para que no dejemos de asomarnos a nuestra vida y a nuestro entorno (22) desde otros puntos de vista.

De este modo, la poesía se nos presenta como un saludable y casi subversivo ejercicio de perspectiva: la forma de mirar que nos propone se caracteriza por estar siempre renovándose a sí misma (23). Cuando ya hemos fijado una imagen desde una determinada posición, la poesía nos permite adoptar un enfoque distinto. Esta diversidad de ángulos de visión nos enriquece, al enriquecer nuestra comprensión de la vida; pero es que, además, nuestra manera de mirar el mundo define en buena parte nuestras actitudes y nuestras acciones dentro de éste. Es cierto lo que decía un personaje de la película *Canción de cuna* (24): «Saber mirar es saber amar». Y por eso es cierto también que la poesía, enseñándonos a mirar, nos enseña a amar. Como escribió Pedro Salinas, «la poesía siempre es obra de caridad y de claridad» (25).

Además, es como tal ejercicio de la perspectiva como la poesía obtiene el título de arte, al hacernos posible una forma de mirar que crea o recrea lo contemplado con los ojos del cuerpo, de la mente o del corazón. Como arte, asume toda la grandeza que éste encierra: «Toda obra de arte, sea cual sea su contenido, posee una dimensión espiritual y puede resultar una fuente de fuerza y consuelo en épocas difíciles», escribe Richard Harries, obispo de Oxford (26). Y como exponente de esa expresión del arte que es la literatu-

(22) Sin olvidar que nuestra vida forma parte de nuestro entorno, y éste, de nuestra vida.

(23) En este punto la poesía emparenta con el sentido del humor y con la capacidad lúdica del ser humano. Prueba de lo primero son las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, definidas por éste mediante la fórmula «Humorismo + metáfora = greguería» (v. su «Prólogo» a *Greguerías. Selección 1910-1960*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, 2.ª ed., p. 49); prueba de lo segundo son las jitanjáforas, construcciones verbales que persiguen el puro juego sonoro y que a menudo revisten forma de poema (estudiadas por Alfonso Reyes en *o. cit.*, pp. 212-264). De seguro, un estudio comparado de los mecanismos poéticos y humorísticos descubrirá claves comunes y relaciones sorprendentes entre poesía y humor.

(24) Versión cinematográfica, dirigida por José Luis García, de la obra teatral homónima, escrita por María Lejárraga, aunque firmada por Gregorio Martínez Sierra.

(25) Pedro Salinas: «Prefacio» de *Todo más claro y otros poemas*, en *Poesías completas*, 5. *Todo más claro. El Contemplado*. Madrid, Alianza, 1993, p. 26.

(26) Richard Harries: *El arte y la belleza de Dios*. Madrid, PPC, 1993, p. 11.

ra, asume el valor de ésta, que expresa así Antonio Muñoz Molina: «Como el agua y el pan, como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un arma de la inteligencia y de la felicidad» (27).

Esa capacidad de creación que nos brinda la poesía sólo puede desarrollarse en la libertad y, por eso mismo, no puede dejar de fomentar la libertad. Y es que, como explica José Antonio Marina, «la mirada, al ser penetrada por la libertad, se convierte en mirada creadora. [...] Lo que llamamos «poesía» –o arte, en general– es sólo un caso ejemplar del poder creador, humilde y magnífico, insignificante y grandioso, que se da en cada una de nuestras actividades mentales. No es más que una figura retórica de la inteligencia: la antonomasia del poder creador» (28).

En definitiva, la poesía es arte porque es creación desde y para la libertad, desde y para la inteligencia. Por eso, quien considere que velar por nuestra libertad, inteligencia y capacidad creadora es una ineludible tarea común encontrará aquí una poderosa razón para amar la poesía. Desde luego, en un mundo en el que se nos ofrecen frecuentes ejemplos de destrucción, a la vez que –paradójicamente– se nos invita a aceptar todo, lo bueno y lo malo, sin buscar nuevas alternativas, «la única verdadera rebelión es la creación» en palabras de Ortega y Gasset (29). Y la poesía, en esto, tiene algo o mucho que decir.

Inteligencia, libertad, arte, creación... Estamos ante palabras mayores, que designan algunos de los más preciosos dones que hemos recibido. La poesía nos ha llevado hasta ellos porque de ellos nace. Decía Gerardo Diego: «La poesía es la encrucijada del Norte-Sur = Imaginación-Inteligencia, con el Este-Oeste = Sensibilidad-Amor» (30). En esa confluencia de caminos, grandes poetas han sentido que la poesía, al expresar lo más íntimo, revela lo más universal, hablándonos de una esencia común que fluye entre las peculiaridades de las vidas concretas. Como indica Pedro Salinas, «el poema nacido en el apartamiento revertirá luego a todos, irá hacia ellos, convirtiéndose en fuerza unitiva entre los hombres que les revele simpatías, coincidencias; en suma, su comunidad en ser humanos» (31).

(27) Antonio Muñoz Molina: «La disciplina de la imaginación», en Luis García Moreno y Antonio Muñoz Molina, *¿Por qué no es útil la literatura?* Madrid, Hiperión, 1993, p. 52.

(28) José Antonio Marina: *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona, Anagrama, 1995, 6.ª ed., pp. 27-28.

(29) Citado por José Luis Martín Descalzo: *Razones para vivir. (Cuaderno de apuntes IV)*. Madrid, Sociedad de Educación Atenas, 1990, 6.ª ed., p. 106.

(30) Gerardo Diego: «Poética», en Gerardo Diego, *o. cit.*, p. 460.

(31) Pedro Salinas: *El defensor*. Madrid, Alianza, 1986, p. 221. Corregimos en el texto el loísmo «los revele».

Si, como llevamos dicho hasta ahora, la poesía nos sirve para expresarnos y comunicarnos, para compartir un ámbito de tolerancia, para llorar y celebrar solidariamente, para sentirnos cercanos y maravillosamente diversos, para mirar y amar de otra manera, es porque, en definitiva, la poesía nos ayuda a ser de verdad hombres y mujeres: personas. Dice Luis García Montero: «Las humanidades en general, y la poesía en concreto, significan un modo de tomarnos en serio a nosotros mismos, nuestra propia dignidad, nuestras razones, nuestras experiencias, nuestros sentimientos» (32). Y Octavio Paz afirma categóricamente: «El poema nos revela lo que somos y nos invita a ser eso que somos» (33). Sí: la poesía nos enseña a ser. ¿Es ésta razón suficiente para amarla?

Vicente Aleixandre recapitulaba de este modo: «Fuente de amor, fuente de conocimiento, fuente de iluminación, fuente de descubrimiento, fuente de verdad, fuente de consuelo, fuente de esperanza, fuente de sed, fuente de vida. Si alguna vez la poesía no es eso, no es nada» (34).

Conclusión

Al comenzar estas páginas, nos preguntábamos por la razón de que la poesía siga latiendo a través de los siglos por encima de olvidos e incomprendiones. A la vista de todo lo anterior, podríamos respondernos con estas palabras de Yevgueni Yevtushenko: «El amor a la poesía nace del propio miedo a dejar de ser humano. Así, con todas nuestras autodestrucciones, salvamos a la poesía por propio instinto de conservación» (35).

Cuando prescindimos de la poesía, dejamos perder todo ese poder misterioso del que hablaba Manuel Altolaguirre: «La poesía es reveladora de lo que ya sabemos y olvidamos. Sirve para rescatar el tiempo perdido, para tener alma completa, y no fugaces momentos de vida. [...] Ella nos libera de lo circunstancial, de lo transitorio. Ella nos hace unánimes, comunicativos» (36). Todos tenemos una capacidad innata para disfutar de la poesía, y es absurdo que desperdiciemos este don sintiéndonos extraños en nuestra propia casa.

(32) Luis García Montero: «¿Por qué no sirve para nada la poesía? (Observaciones en defensa de una poesía para los seres normales)», en Luis García Moreno y Antonio Muñoz Molina, *o. cit.*, p. 31.

(33) Octavio Paz: *o. cit.*, p. 41.

(34) Citado por Leopoldo de Luis: *Vicente Aleixandre. Poesía y prosa*. Barcelona, Bruguera, 1985, 2.^a ed., p. 431.

(35) Yevgueni Yevtushenko: art. cit., p. 16.

(36) Manuel Altolaguirre: art. cit., p. 154.

Regresemos por fin a la frase de Jean Cocteau que nos sirvió de punto de partida. La poesía forma parte de nuestra naturaleza humana: por eso es, efectivamente, necesaria. Por eso es tan útil como inútil es ignorarla (37). Y también por eso no hay que buscar el «para qué» que deberíamos encontrar si siendo un añadido innecesario quisiéramos justificar su existencia. La poesía forma parte de la vida. Nosotros decidimos si queremos o no vivir la vida. Nosotros decidimos si queremos o no vivir la poesía. Como escribió el poeta checo Jaroslav Seifert, con palabras mucho más hermosas:

«La vida ya hace tiempo me enseñó
que la música y la poesía
son en este mundo lo más hermoso
que puede darnos,
excepto el amor» (38)

A José Luis Martín Descalzo

(37) «[...] ¿no es posible mantener otro concepto más ancho de utilidad, una utilidad que exprese maneras distintas de entender la vida? [...] ¿es útil conocerse, entenderse con uno mismo, tener más datos sobre las reglas de juego de nuestra propia existencia? ¿Es útil estar informados de nuestra historia, de nuestro corazón, de nuestras posibles razones?»; Luis García Montero: «¿Por qué no sirve...?», en Luis García Montero y Antonio Muñoz Molina, *o. cit.*, p. 32.

(38) Jaroslav Seifert: «Ser poeta», en *Breve antología*. Barcelona, Orbis, 1985, p. 97. Seifert recibió el Premio Nobel de Literatura en 1984.